

A close-up portrait of a man with dark hair and light eyes, wearing a brown cowboy hat and a dark jacket. A rifle is slung over his shoulder. The background is a soft-focus landscape with a sunset or sunrise sky.

LORY SQUIRE

A silhouette of a cowboy riding a horse across a field at sunset. The cowboy is wearing a hat and holding a rifle. The horse is in profile, facing right.

Bandidos

SAGA SALVAJE 3



Bandidos

(Saga salvaje 3)

Lory Squire



BANDIDOS

Lory Squire

«Tres almas perdidas que comienzan a encontrar su camino.

El amor y la tenacidad guiarán sus pasos.»

ACERCA DE LA OBRA

«Como bien dicen, las malas hierbas no crecen solas; necesitan la compañía de otras para emponzoñar el suelo que colonizan porque eso les hace sentirse más fuertes.»

Y aunque quizá las malas hierbas no lo sean tanto, así como tampoco las flores más hermosas están exentas de peligro alguno, sí es cierto que nunca aparecen solas... En el final de esta saga, sus protagonistas, Edlyn, Nate y Nobah, encontrarán lo que tanto ansiaban... Incluso aunque tengan que dejar atrás todo cuanto han sido y enfrentarse a sus más temidos adversarios.

Como en todas las guerras, no puede haber vencedores sin vencidos. O quizá no se trate de una derrota, sino de una puerta abierta hacia un nuevo futuro, lleno de distintas posibilidades.

Pero ¿para quién de los tres?

ACERCA DE LA AUTORA

Lory Squire es el seudónimo que utiliza Lorena Escudero para la serie de libros Bay Town, novelas románticas independientes ambientadas en un rincón del norte de Yorkshire, en Reino Unido.

La autora nació en Redován, Alicante, en 1979. Estudió Traducción e Interpretación en la Universidad de Alicante y también cursó estudios en la Universidad de West Sussex, Inglaterra, y en la Universidad de Leipzig, Alemania. Se licenció en 2002 y a partir de entonces ha trabajado como traductora autónoma, principalmente en el ámbito jurídico. Sin embargo, no fue hasta el 2014 que decidió al fin emprender el camino de la narrativa, y desde entonces no ha cesado de publicar libros.

En estos momentos se dedica por completo a la maternidad y a la literatura.

Índice

Portadilla

Acerca de la autora

Dedicatoria

Introducción

1. Bandidos
2. La bruja malvada
3. El convoy
4. La granja
5. Ojo por ojo, diente por diente
6. Despedidas
7. Quien posee el poder
8. Quizá encuentres más de las que seas capaz de soportar
9. El águila
10. Una verdadera *quahadi*
11. El retorno
12. Una promesa
13. El beso
14. El pasado retorna
15. Corazón dividido
16. Una agradable sorpresa
17. A por ella
18. Los problemas nunca llegan solos
19. Reunidos en el infierno

20. Hacia un nuevo futuro
21. Los tres mosqueteros
22. Tregua sí, tregua no
23. No era una mujer cualquiera
24. Gran espíritu, no nos abandones
25. Una familia
26. Esos cobardes encapuchados
27. La semilla de la felicidad

Epílogo

Créditos

*Dedicado a todas esas mujeres valientes que,
no creyendo ser fuertes, han superado
los más duros obstáculos a lo largo de su vida.*

Introducción

El hombre tuerto llegó al poblado a lomos de un caballo extenuado. El pobre animal avanzaba con torpeza, una pata temblorosa detrás de otra, resoplando sin cesar.

Quienes le observaban pasar se apartaban por puro instinto, pues su aspecto desaliñado, la barba de varias semanas y el olor a mugre que desprendía y que el viento arrastraba hasta sus orificios nasales no presagiaban nada bueno.

Acechaba a los lugareños con su único ojo bueno —el inservible oculto bajo el ala del sombrero—, mientras avanzaba a paso lento a lo largo de la polvorienta calle flanqueada por destartaladas casas.

Al llegar al *saloon*, desmontó, dejó a la maltrecha bestia amarrada junto al abrevadero y se dio la vuelta para dirigirse al lugar en donde a buen seguro ahogaría sus penas. Un ruido sordo le hizo darse la vuelta antes de subir la escalinata: la pobre yegua había caído desfallecida al suelo.

Se encogió de hombros y continuó su camino. Allí adentro conseguiría unos dólares jugando al póquer, y si haciendo trampas no obtenía buen lucro, siempre quedaba la opción de arrebatar las cosas a la fuerza. Las cantinas eran una fuente infalible de riqueza.

Cuando hubo llenado de nuevo la saca —a costa de los infames pueblerinos— y saciado su sed y hambre, pidió una habitación en el cochambroso hotel. A peores cosas estaba acostumbrado. Allí se lavó, se afeitó la barba y man-

dó limpiar sus ropas. Pasó esa única noche en una cómoda y mullida cama. Las pulgas nunca le habían molestado.

A la mañana siguiente, ya repuesto del largo viaje y habiendo recuperado las fuerzas, sació sus ansias con una mujer algo madura y, puede que por ello, habituada al ímpetu de los hombres rudos, pues no se quejó en ningún momento de los golpes que le prodigaba. Una vez satisfecho, arrojó una moneda a la cama con un gesto de desidia, como si le estuviera haciendo un gran favor.

Más no valía esa vieja mujer.

Después desayunó, se hizo con un caballo algo más joven y lozano merced de un trato más que ventajoso y continuó con su camino.

Varios ojos temerosos, ocultos tras sus ventanas, le talaron la espalda. A Parker le encantaba causar esa sensación: adoraba provocar el terror en esas inmundas ratas. Lo único bueno que le había traído el carecer de un ojo era que ya no tenía que esforzarse por provocar el pavor en sus congéneres.

Sonrió.

Ya quedaba muy poco para su destino: su hermano estaba muy cerca.

Capítulo 1

Bandidos

Las semanas transcurrían con suma lentitud para quienes recorrían las llanuras a pleno sol. Habían logrado establecer una rutina con la que se sentían cómodos: Nate daba las órdenes durante las reuniones, Edlyn hacía lo que se le antojaba en cuanto este se marchaba, sin rendir cuentas a nadie, y Frank... Frank no tenía más remedio que perseguir a la joven so pena de morir de un ataque de nervios. Prefería maldecir en voz baja, calmarse después y continuar detrás de ella como un perrito faldero.

Al fin y al cabo, ¿qué otra cosa podía hacer? Alguno de los dos debía ser el maduro, o eso se decía él.

Para la muchacha, aquello parecía un juego.

—Bueno, ¡los bandidos vuelven al ataque! —le gustaba afirmar cada vez que emprendían de nuevo el tortuoso camino.

Porque tortuoso, lo era. Y bastante. Ella lo encontraba divertido, pero el *cowboy*, que había vivido antes mil aventuras y siempre a su libre albedrío, se ponía de los nervios cada vez que se encontraban dando vueltas sin cesar porque ella se empeñara en que se les habían escapado pistas. O que había encontrado nuevas huellas. O que ese excremento de coyote no estaba antes ahí, y eso quería decir que había gente cerca. Los coyotes acechaban, en muchas ocasiones, a las personas en busca de comida... Y ella se empeñaba en que había que seguir ese y otros muchos rastros.

No podían haber peinado mejor aquellos condados, y sin embargo, nunca hallaban rastro de los malditos comanches, y por tanto volvían una y otra vez a Mineral Wells enfurruñados y hartos el uno del otro.

Ver a Nathaniel era un soplo de aire fresco para ambos.

Los encuentros entre los dos enamorados eran tranquilos, sosegados, casi como un bálsamo. La primera vez que volvieron a verse fue como si se reconocieran de nuevo, un regreso a aquellos días repletos de emociones en que estaban conociéndose. La sonrisa asomó a los labios del muchacho y a los ojos de ella. No hubo grandes florituras ni excesivas muestras de cariño; con un simple y tímido abrazo, prodigado tras una breve caricia, el chico le transmitió a Edlyn todo lo que ella necesitaba saber: consuelo, respeto, cariño.

Ella suspiraba y se apretaba contra él, aspirando el aroma a cuero y pólvora, y con ese simple gesto Nate sabía que su amor era correspondido, que ella, poco a poco, estaba derribando las barreras que había erigido a su alrededor.

Tras un tímido primer encuentro, el resto prosiguió de la misma manera. Los tres amigos se sentaban junto a la hoguera y contaban las nuevas, que no eran demasiadas en el caso de los fugitivos. Nathaniel omitía las ocasiones en que se había enfrentado a forajidos, así como tampoco relataba las heridas que había sufrido durante las escaramuzas en las que solía verse inmerso.

No eran visibles a menos que mostrara su cuerpo desnudo, y lo creía muy poco probable.

No se alejaban de su escondite, pues la zona se había convertido en un lugar de paso para nuevos colonos, y la mayoría de esas personas darían cualquier cosa por una recompensa, por mísera que fuera.

Edlyn y Frank siempre contaban lo mismo: no, no habían seguido las instrucciones del *ranger*. Habían decidido otear la zona norte... O más bien, Edlyn decidía por los dos, y el otro se veía obligado a cuidar de ella como si de una oveja descarriada se tratara. Recorrían las planicies eternas y volvían de nuevo con los brazos vacíos y cabizbajos hacia el

punto de encuentro establecido. Por norma general, según contaban, tan solo se cruzaban, muy de vez en cuando, con cowboys que dirigían al ganado hacia terrenos más frondosos, pero no eran raras las ocasiones en que se topaban con los restos de una hoguera y las huellas de varios caballos, y entonces decidían desviar su ruta con el fin de no cruzarse con posibles desperados. Si pescaban a alguien que hubiera robado ganado o caballos, Frank estaba seguro de que no saldrían vivos.

Con el paso del tiempo, y tras varias semanas a la intemperie, Edlyn comenzó a aburrirse. Estaba hasta las enaguas —de las que carecía— de tener que hacerlo todo bajo el techo de las estrellas y la atenta mirada de su guardián... Tanto si debía hacer los asuntos de los que las señoritas no hablan, como si debía bañarse en agua fría como el hielo; se sentía harta. Aunque no era la muchacha fina y delicada de antaño —a decir verdad, no es que nunca lo fuera demasiado—, durante el tiempo que había pasado en el *saloon* se había acostumbrado a cierta rutina en la que debía de agasajarse a sí misma, ya fuera de un modo menos distinguido, y echaba de menos un buen baño. No había podido disfrutar de ninguno desde que partieran, pues solo habían aceptado recibir la hospitalidad de una familia cuyo rancho tuvieron la suerte de cruzar un día de tormenta. La comida caliente que les sirvieron no solo llenó los estómagos de los invitados a la mesa, sino también el pecho de Edlyn de añoranza. Las peleas de los niños, la regañina de la estricta madre, el cariño de un padre bondadoso... Cosas de las que disfrutó, y cosas de las que no. Cosas que ya nunca más experimentaría.

Al escampar, la pareja de supuestos cowboys marchó agradecida y triste al mismo tiempo; sabían que tal hospitalidad no les estaría reservada más que una vez en la vida... Los granjeros eran gente desconfiada, y no era de extrañar. La mayoría de cowboys solitarios que atravesaban las llanuras no eran de fiar.

En tales asuntos estaba pensando la muchacha mientras intentaba lavarse la mugre en el lecho de un río cuando sin-

tió una suave caricia recorriendo su pierna bajo el agua.

—¡Estoy harta! ¡Harta de todo! ¡Necesito una cama! ¡Y un cepillo! ¡Y agua caliente! —chilló como loca tras salir disparada del agua—. ¡No soporto a esas malditas serpientes, ni a los bichos, ni a los coyotes! No sé qué harás tú, pero yo me quedo en el próximo poblacho que encontremos por el camino —sentenció mientras terminaba de colocarse la ropa.

Frank volvió a recostarse tras el susto que le había provocado tal escándalo y se ocultó la cara con el sombrero, emulando la misma postura en la que estaba justo antes de que la chica le sobresaltase. Estaba cansado de repetir que las aldeas eran muy peligrosas, que sus *saloons* estaban repletos de desesperados y que tenía miedo de que descubrieran que el chico no era más que una atractiva muchacha. Quién sabe lo que podía ocurrir, además, si hasta ellos hubiera llegado algún aviso de busca y captura de ambos.

Llevaba días escuchando las mismas quejas de la chica por lo bajo y estaba esperando de un momento a otro el instante en que explotara. Todavía debía acostumbrarse a aquello. Puede que les quedara demasiado.

Aún así... Fue incapaz de callarse.

—Hablas como una nenaza —se escuchó su voz bajo el sombrero—. Cualquier hombre de verdad lo habría expresado de otro modo, no como una niña llorona.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo demonios habría hablado «un hombre de verdad»?

—Estoy hasta las pelotas...

La risa de Edlyn se contagió a los labios del *cowboy*, que no terminó la frase.

—¡No sé si podré hacerlo algún día! Estoy hasta las pelotas... —repitió intentando emitir una voz gutural, sin lograrlo.

—Pues entonces calla. Mejor callar que parecer una damisela en apuros... Igual te confunden con algo que no eres.

La joven se quedó mirándole, pensativa. No estaba segura de a qué se había referido el *cowboy*... Pero le dio

igual. Se intentó escurrir el agua del cabello, que ya le llegaba a la altura de los hombros, y permaneció sentada un rato al sol, sobre la suave roca a la orilla del río, para disfrutar del paisaje mientras se le secaba. Era tan bonito, rezumaba tanta paz... Fingió disfrutarlo mientras se reconcomía las entrañas, enfadada con ella misma y con el mundo entero. Se le daba muy mal pensar. Siempre que lo hacía, alguien acababa mal.

Por otro lado, Frank se hallaba siempre inquieto. Mientras ella aparentaba ser el colmo de la tranquilidad —aunque tan solo lo aparentaba, pues intentaba en todo momento calmar los demonios que pugnaban por salir a la superficie—, el hombre no cesaba de maquinan. Había cedido al deseo de la muchacha de dirigirse hacia el suroeste en esta ocasión, y llevaban mucho tiempo dando vueltas sin llegar a ninguna parte, simplemente oteando el terreno y cabalgando con cautela. ¡Siempre con temores! De no ser porque se había hecho cargo de la chica, él mismo se marcharía en busca de los asesinos de su familia, pero ella... Le daba demasiado miedo tener que enfrentarla a tiroteo alguno. Era solo una muchacha ingenua que creía ser más capaz de lo que realmente era.

Y por su parte, Edlyn estaba ya harta de tanto prado, monte y tierra seca. Parecía que nunca fueran a encontrar indicios de esos indios. ¡No lo soportaba! Pensaba que iba a vivir mil aventuras, que la vida de un *cowboy* iba a ser de lo más interesante, pero lo único que había descubierto hasta ese momento era que le gustaba llevar pantalones. ¡Qué comodidad, Dios bendito! ¿Para qué servían, en realidad, tanta enagua y tanto corsé y tanto miriñaque y tanta ropa interior absurda? ¡Era de lo más impráctico! Los hombres tenían todas las ventajas del mundo, hasta podían hacer sus necesidades sin tener que quitarse la ropa, mientras que ellas no bebían agua en todo el día con tal de no manchar tan engorrosos ropajes.

Nunca más se pondría un maldito vestido. O sí. El día en que encontrara al maldito asesino de su familia, se lo pondría y haría que la mirara fijamente mientras una mujer

blanca acababa con su vida. Y después, solo después, volvería a disfrutar de verse hermosa y exuberante con un llamativo vestido.

Fue justo entonces, en el momento en que ambos se estaban tomando su tiempo de descanso y reflexión, cuando escucharon un disparo.

Edlyn se levantó sobresaltada y comenzó a observar a su alrededor. Frank se colocó apresurado el sombrero en su lugar y echó mano directamente al revólver.

—¡Ed! —intentó susurrar no demasiado alto—. ¡Ed, ponte a cubierto!

¿A cubierto? ¿Qué demonios era eso de cubierto? Le miró ceñuda y corrió hacia su caballo.

—¡Que te escondas, demonios! —gritó el otro más fuerte—. ¡Deja a Liberty y escóndete detrás de un arbusto!

Él ya había hecho lo propio, pero la chica no estaba dispuesta a abandonar a su caballo así como así, después de lo que habían pasado los dos juntos y por separado. Tiró del animal y lo escondió detrás de un gran arbusto, aunque tampoco es que sirviera demasiado. Después, se colocó a su lado y comenzó a susurrarle para que se tranquilizara.

Al cabo de unos segundos se escuchó otro disparo.

Se colocó a toda prisa el cinto con los revólveres, no sin comprobar antes que estuvieran cargados: no se iba a quedar escondida esperando que, quien quiera que fuese, les pillara de improviso y acabaran todos con un disparo en la sien. Y lo que era más, Liberty no había recorrido tan largo camino de vuelta a casa en vano, y no pensaba permitir que muriera de un disparo en semejante situación mientras ella se escondía como una cobarde. Jamás le abandonaría.

Por puro instinto, salió agazapada de su escondrijo y corrió veloz como una liebre hacia donde provenían los disparos.

—¡Maldita cabezota! —escuchó despotricar a Frank tras ella.

Después le escuchó mascullar algo más, pero el sonido no llegó a sus oídos con la suficiente nitidez. Sencillamente, se dejó guiar por su intuición y siguió avanzando. Después

de todo, esta había sido la que en tantas ocasiones la había salvado antes...

Aunque también la había metido en muchos líos.

Habían accedido al río a través de un terreno algo escarpado, sorteando montículos rocosos en donde crecían salvajes arbustos. Continuó su camino hasta acercarse a las riasas que adivinó a escuchar: varios hombres gritaban, y entre ellos le pareció oír el llanto de un niño. Si no andaba con cuidado, la aniquilarían.

Pues bien, quizá hubiera llegado la hora de practicar el tiro.

Se recostó y continuó arrastrando el cuerpo, tratando de esconderse entre la maleza para no ser descubierta al tiempo que rezaba por que ningún animal venenoso se cruzara en su camino. Asomó la cabeza por entre las ramas justo cuando una ronda de carcajadas explotó frente a ella, cuesta abajo.

Había dos hombres. No podía ver con claridad qué es lo que hacían, pero estaban sentados sobre unas piedras. Supuso que estarían comiendo, en apariencia de lo más tranquilos. Los gritos no procedían de esos dos, pues parecían ajenos al tumulto.

Despacio, intentando no hacer ruido alguno, la muchacha se desplazó un poco más a la derecha, de donde parecían provenir los gritos. La curiosidad pudo más que el temor a ser descubierta, y terminó por sacar toda la cabeza del arbusto para saciarla.

Lo único que pudo ver fue a otro hombre, que se ensañaba de forma vil con otra persona.

Cuando el cowboy se giró, Edlyn vio con claridad que se trataba de una mujer india con un pequeñín en brazos. En ese momento no pudo evitar sentir un vuelco en el corazón, pues recordó con añoranza lo que era sentir al travieso de su hermanito Charlie intentando escabullirse de su férreo agarre. No obstante, volvió a endurecer el gesto con rapidez: los de ahí abajo no eran personas, eran de los otros.